

Queridos padres, profesores, autoridades educativas, asistentes en general y, cómo no, queridos alumnos:

Quiero dirigir mis primeras palabras, gentileza obliga, a los padres de los que hoy os graduáis. Deseo daros las gracias. No por colaborar con nosotros y por ser más o menos comprensivos con nuestra labor, no, que eso forma parte de las obligaciones de quienes quieren bien a sus hijos. Estoy convencido que vosotros pertenecéis a esa categoría de padres. Os daré las gracias por depositar en nuestras mentes, y en nuestros corazones, la responsabilidad de colaborar con vosotros en la formación de vuestros hijos. Responsabilidad, añadido, que es un privilegio. Este nuestro Instituto, Diego Marín Aguilera, que ya siempre será el vuestro, no ha pretendido sino colmar vuestras expectativas. Deseamos que haya sido así; de lo contrario, achacadlo a nuestras deficiencias y perdonadlas. No penséis, si es que hemos fallado, que se ha debido a una mala voluntad, mucho menos a una carencia de amor a vuestros hijos. Pero de amor a vuestros hijos, obviamente, yo no tengo nada que enseñaros. Continúa queriéndolos y ofreciéndoles los medios para que crezcan como personas, lo cual, de sobra lo sabéis, no significa decirles a todo que sí. Dicen algunos que educar es el arte de saber decir no, y no seré yo quien los contradiga. Tened la seguridad de que vuestros hijos, si es que no lo hacen ya, sabrán reconocer en su momento vuestros esfuerzos y el amor incondicional que en ellos habéis vertido.

Quiero también, como Jefe de estudios, agradecer a todos los profesores del Centro su labor docente, sobre todo la llevada a cabo con los alumnos que hoy homenajeamos. Docente es quien enseña, y en estos tiempos donde la charlatanería vende más que la palabra exacta y liberadora -¡qué país!-, la actividad docente suele transitar entre las múltiples cargas que se le imponen y los desiertos áridos de la incomprensión y la falta de estima ajena. Sabemos que los cotillas que venden su fea y aburrida vida en las pantallas televisivas parecen tener más éxito que el rigor intelectual y ansia de buscar la verdad. Nada de ello, sin embargo, hará que los que amamos esta profesión desertemos del afán que nos impulsa cada día y que, además, gratifica nuestros esfuerzos. No lo haremos porque, como bien nos advierte Nietzsche, “solo del amor nacen las vistas más profundas”. Y nosotros, los verdaderos docentes, y permitidme la osadía de incluirme entre ellos, más allá de aciertos y desatinos, trabajamos por amor al saber y a los alumnos.

Por último, unas palabras para vosotros, los protagonistas de este acto, los “pringadillos” que ocupáis las primeras filas. Como Jefe de estudios podría hablaros del estudio y de la necesidad de que, siguiendo a Einstein, no sea nunca una obligación para vosotros, sino un modo de penetrar en el bello y maravilloso mundo del saber. Podría, así mismo, insistir en el esfuerzo, en la disciplina intelectual o en el gusto por las cosas bien hechas. Todo ello es fundamental, no seré yo quien lo niegue, sino todo lo contrario. Pero hoy no voy a hablaros de estas cosas. Hoy, cuando celebráis el final de una etapa que para algunos ya comienza y para otros se demorará algo más en el tiempo, prefiero hablaros de cosas más importantes todavía. Cosas de filosofía.

Os conozco desde hace años. Os he visto crecer. Sé de vuestras manías y vuestros gestos. Podría ponerle un adjetivo a vuestros silencios, narrar vuestras ausencias –ese estado característico de esa especie que es el alumno y que consiste en su rara capacidad de estar en el aula y, a la vez, no estar en ella-. Podría explicar a los que nos oyen los atisbos de miedo, alegría, ilusión y otros muchos sentimientos que he

barruntado en vuestros ojos. A veces he sido protagonista de vuestra rabia o de vuestra frustración, de vuestra amistad y de vuestras cuitas. También sé cómo reís. De igual modo, podría nombrar otros detalles que, sin embargo, conviene que queden sepultados en la soledad con la que ahora condenáis a las aulas con vuestra ausencia. También vosotros podrías decir cosas sobre mí, pero es mejor que lo dejéis para otra ocasión. Por si acaso...

No hace mucho que habéis estrenado la juventud y este mundo que habitáis os pide trabajo, esfuerzo y disciplina para labraros, en el futuro, una vida feliz. Sobre todo ahora, claro, cuando el mundo se inunda de tristes soflamas y de pájaros de mal agüero, gracias a la imprudencia de algunos y a la avaricia de otros.

No hagáis caso a los tristes del mundo. Sed felices ya, ahora. Vivir, no lo olvidéis nunca, es estar aquí; vivir es este preciso y precioso instante, este momento que nuestros cuerpos habitan. No os afanéis en ser esto o lo otro, no desperdiciéis la vida en pos de metas intrascendentes. Simplemente trabajada por ser, solo por ser. Sed lo que sois: un pedazo de materia en el que el universo se hace capaz de pensar, sentir y amar. Sed felices. Para ser felices necesitáis desechar las ideas inadecuadas que sobre nosotros, sobre los demás y sobre el mundo habitan en nuestras mentes. Voy a nombraros algunas de esas ideas a las que tendréis que declarar la guerra si queréis tener una buena vida. A las ideas, oídlas bien, es a quien hay que hacerle la guerra, no a ningún ser humano. Llegados a este momento, permitidme que a hablaros en singular.

Debes desterrar la idea de que no serás feliz hasta que consigas ciertas cosas o metas. Falso. Lo que precisas para ser feliz lo llevas contigo de serie, no has de esperar que nada ni nadie te lo añada desde fuera. Serás infeliz si te empeñas en pensar en lo que no tienes, en vez de disfrutar de lo que tienes a hora.

No hagas caso a la idea que afirma que la felicidad es algo que te espera en el futuro, cuando hagas lo que la sociedad espera de ti. No es cierto. Tú eres feliz aquí y ahora, solo que no lo sabes. Tu manera deformada de percibir las cosas te llena de miedos, conflictos y preocupaciones. Mira a través de esa maraña y verás que eres feliz.

Tampoco te beneficiará la creencia de que llegarás a ser feliz cuando cambies la realidad. Es mentira. Lo que te hace feliz o desdichado no es el mundo ni las personas que te rodean, sino los pensamientos que alimentas en tu mente. Ya lo sabes: pon a dieta todos tus pensamientos que te hacen infeliz; endroga todos los que te hacen feliz. Es responsabilidad tuya ser feliz. No eches la culpa a nadie de tu infelicidad.

Desprecia, por último, una creencia no por extendida menos incierta: “si se realizan tus deseos, será feliz”. Un cuento chino. Mentira podrida. Son precisamente tus deseos los que hacen que vivas tenso y lleno de miedo. No te confundas: tú no eres tus deseos. Un deseo cumplido conlleva cierto placer o emoción. No lo confundas con la felicidad. Busca tu verdadero yo más allá de ese ego pequeñito y caprichoso que te impide la felicidad. Ama la realidad tal y como es, sin imponerle tus deseos ni preferencias, y comenzarás a ser feliz.

MORALEJA: Desecha de tu mente todos las creencias que hacen que no seas feliz. Esfuerzate día a día por conseguirlo. Esa ha de ser tu ocupación fundamental, si es que quieres tener una buena vida. Lo demás importa bastante poco. Cuando nos volvamos a

ver, no te enorgullezcas si has triunfado socialmente; no te avergüences si la sociedad piensa que eres un fracasado. El éxito y el fracaso social son solo un índice de lo mal que pensamos. Cuando nos veamos de nuevo, dentro de un tiempo, mírame a los ojos y dime, dinos: “profe, soy feliz, sé pensar adecuadamente”. Entonces creeré que ha merecido la pena tu paso por el Instituto.

Entre tanto, hasta que llegue el día que nos volvamos a ver, tres advertencias finales:

1. Jugad mucho al billar.
2. Sed críticos con este mundo y mejoradlo, que es tarea urgente. Y no os olvidéis de los que sufren y son excluidos de los bienes de la tierra.
3. Id siempre por el camino del bien, que por el del mal hay un atasco de tres pares de...

Se os quiere.